

Parecía un péndulo cuyas oscilaciones, por falta de cuerda, van acortándose hasta que al fin se para.

Todos los días salía de su casa á la misma hora, emprendía el mismo trayecto, pero no lo acababa ya; y tal vez, sin conciencia de ello, lo iba abreviando incesantemente. Su semblante expresaba esta idea irónica: ¿Para qué? La pupila se había apagado, y también la lágrima estaba agotada. Ya no se condensaba en el ángulo de los párpados; aquellos ojos medibundados permanecían secos.

El anciano estiraba siempre la cabeza; la barba solía moverse, y daba pena ver las arrugas de su descarnado pescuezo. Cuando el tiempo estaba malo, llevaba bajo el brazo un paraguas que no abría. Las buenas mujeres del barrio decían:—Es un inocente. Los chicos le seguían, riéndose.

LIBRO NOVENO

SUPREMA SOMBRA, SUPREMA AURORA

COMPASIÓN PARA LOS DESGRACIADOS É INDULGENCIA
PARA LOS DICHOSOS

¡Terrible cosa es la felicidad! En medio de sus goces, en medio de las satisfacciones que produce la posesión de ese falso objeto de la vida, induce á olvidar el verdadero, que es el deber.

Sin embargo, se haría mal en acusar á Mario.

Mario, lo hemos dicho, antes de casarse no había preguntado nada al señor Fauchelevent y después temió preguntar á Juan Valjean. Sintió la promesa á que se dejó arrastrar por la lastimosa situación de éste, y repetidas veces dijo para sí que había obrado mal concediendo aquella gracia á la desesperación. Limitóse, pues, á alejar poco á poco á Juan Valjean de su casa, y á borrar, en lo posible, su recuerdo del espíritu de Cosette. Procuró, en cierto modo, colocarse siempre entre Cosette y Juan Valjean, seguro de que así la joven, no viéndole, cesaría de pensar en él. Era más que la extinción, era el eclipse.

Mario hacía lo que juzgaba necesario y justo. Creía que le asistían, para alejar á Juan Valjean, sin dureza, pero también sin debilidad, graves razones, algunas de las cuales ya se han indicado y otras se indicarán á su tiempo.